

El Premio Nobel de Literatura a Bob Dylan

Pablo Espinosa

El acta del jurado de la Academia Sueca diría así: por su visión clara, intensidad lírica y su capacidad para revelar la vida de una manera realista, y retratar un mundo cambiante, convulso y esperanzado, se otorga a Robert Zimmerman el Premio Nobel de Literatura 2012.

La hipótesis es tan aventurada como probable. E, igualmente, digna de apasionado debate.

En primer lugar, el señor Robert Zimmerman no necesita ningún premio. Su obra habla por sí misma.

Estaremos de acuerdo también en que una argumentación ponderada nos llevará a la conclusión de que la candidatura de Bob Dylan al Premio Nobel de Literatura, que constituye un hecho desde 1996, es digna de consideración.

El camino, empero, debe ser podado y liberado de las piedras que ruedan.

En el imaginario colectivo, en la consideración popular, Bob Dylan es una estrella del firmamento de los espectáculos, un campeón del mundillo de los famosos, un ícono con acento, que es como se estila en las fuentes del chismorreo y el periodismo de lo banal.

Peor aún, para muchos, Bob Dylan es un “cantautor”.

Espantoso terminajo, cantautor. El que canta y es autor, quisieran decir. A esa categoría pertenece el personaje más fino y el más vulgar, todos ellos prisioneros del negocio del espectáculo.

Atados a tal prejuicio entonces, resultaría congruente el masivo desgarramiento de vestiduras si los honorables académicos suecos decidieran premiar con el máximo galardón en el planeta a un cantautor.

Y los atributos de un cantautor merecen, sí, el aplauso del “respetable”, la integración de clubes de fans, besamanos de pre-

sidentes y dignatarios de toda índole y mag-nates y hasta la bendición papal.

Pero ¡un Premio Nobel! ¡A quién se le ocurre! ¡Sacrilegio! *Vade retro.*

Rociados de agua bendita, o su equivalente: la indulgencia de académicos y las personas más cultas, correctas y dueñas de la verdad, ya salvamos entonces el primer escollo: la candidatura Nobel de Bob Dylan no es una vacilada, una ocurrencia de fans, una ilusión de *wannabes*.

Pero ¿qué ha hecho el señor Zimmerman para siquiera ser considerado en condición de candidato a tan alta distinción?

En primer lugar, responde Perogrullo, abrir las entendederas de millones, inspirar suspiros, sonrisas, imprecaciones y gritos de inconformidad con el *statu quo*.

Entre otros actos libertarios, ha propiciado el terreno para que el buen humor, la ironía, el desparpajo y la provocación ino-cua den como resultado un hecho contundente: hace quince años ya que Bob Dylan es candidato fuerte al Premio Nobel de Literatura, y eso ha motivado, aun desde sus condiciones improbables, hipotéticas, que muchas blancas vestiduras, investiduras de cuello blanco, se rasguen, mientras el resto de indumentarias fachosas, espíritus liberados de pretensiones, se regocijen con tan divertida hipótesis.

Ni siquiera es necesario detenerse demasiado en el tema nebuloso de la relatividad einsteiniana de los premios, tan proclives a la corrupción.

Porque el Nobel, a pesar de la urticaria que despiertan las inclinaciones suecas a las nociones de geografía, orientación ideológica, nacionalidad, sexo y tema, sigue siendo un premio prestigiado.

¿Desprestigaría a la Academia Sueca premiar a Dylan?

La respuesta está en el viento.

Además, quienes deciden a quién otorgar el Premio Príncipe de Asturias de las Artes ya se les adelantaron a los suecos: Bob Dylan recibió ese reconocimiento en 2007.

Así como el monje budista, el poeta y músico Leonard Cohen recibió también ese premio el año pasado.

Por lo pronto, las argumentaciones sólidas, los elementos de juicio, las evidencias están plasmadas en un libro de un mil doscientas sesenta y cuatro páginas cuya reciente reedición, a cargo del prestigiado sello globalrhythm y de la editorial Océano, aporta material de valiosa oportunidad.

Porque, como las casualidades no existen, este 2012 Bob Dylan sigue en su Neverending Tour, nombre que solamente un poeta puede poner a su periplo de conciertos. Además, el señor Zimmerman tiene ahora setenta años y los números redondos continúan: hace cincuenta años publicó su primer disco, titulado de manera simple y contundente: *Bob Dylan*.

Ese valioso volumen, que contiene su obra completa, se publicó en inglés en 2004 y en 2007 en edición bilingüe, vigente: *Bob Dylan. Letras. 1962-2001*.

El contenido de este libro es la contundencia mayor de su candidatura. Y puestas así las cosas, refrendemos: ni falta que le hace el Nobel al buen Zimmerman, ni lo espera ni le quita el sueño y hasta risa, mucha, le da más que fastidio.

Así que ya que nos estamos divirtiendo de lo lindo con la comezón que causa la mera posibilidad, sigamos con ludismo la mecánica de los acontecimientos.

¿Cuántos caminos debe recorrer un [hombre

Antes de que sea llamado hombre?

¿Cuántos mares debe atravesar la paloma [blanca

Antes de dormir en la arena?
Sí, ¿cuántas veces deben volar las balas
[de cañón
Antes de ser prohibidas para siempre?
La respuesta, mi amigo, está en el viento,
La respuesta está flotando en el viento.

Lo anterior es un fragmento de la mejor versión en español de “Blowin’ in the Wind”. Es de la autoría de Claudia Aguirre Walls y Juan Villoro, autores a su vez de *La poesía en el rock, breve antología*, publicado en Material de Lectura. Serie Poesía Moderna 37, por la UNAM y el Fonapás.

El maestro Juan Villoro, autoridad admirable en la materia, hace notar en la nota introductoria la ausencia de pretensiones literarias en el rock, “ni es necesario que las tenga. Las letras de las canciones están escritas en función de la música, condicionadas con ella; evidentemente tienen un sentido poético, pero la poesía en el rock sigue reglas muy distintas a la poesía escrita”.

A propósito de prosodia. Para conmemorar los cincuenta años de la fundación de Amnistía Internacional, y de manera pa-

ralela a los cincuenta años del primer disco que publicó Dylan, acaba de salir al mercado un fabuloso álbum de cuatro discos titulado *Chimes of Freedom. The Songs of Bob Dylan*, donde ochenta músicos dan vida a setenta y cinco canciones del poeta de Minnesota.

Además de tan monumental homenaje a un poeta en más de cinco horas de música grabada, este álbum arroja reflexiones al por mayor: se trata de un músico cuya obra resiste intervenciones sonoras de vario linaje, desde la contundente autoridad moral de Joan Baez, su compañera de ruta, hasta los productos más novedosos de esa máquina de inventar estrellas, que es el negocio de la música (revise el lector la lista de músicos que participan en este álbum y no le será difícil saber de qué lado masca la iguana, o en qué tesitura canta el tecolote).

La participación del Kronos Quartet, por ejemplo, acusa riqueza en las fuentes a abrevar: es tan poderosa la obra dylaniana, que una organización musical tan dotada de calidad, inteligencia y creatividad como el Kronos Quartet puede ofrecer resultados

tan fascinantes como los que se escuchan en su *track* respectiva.

Mencionaré los músicos que sí hacen creaciones verdaderas a partir de las canciones de Dylan en este álbum. Lo demás, como dijera Shakespeare, es ruido: Patti Smith, Pete Townshend, Mariachi El Bronx, Ziggy Marley, Sting, Mark Knopfler Lenny Kravitz, Elvis Costello, Angélique Kidjo, Taj Mahal, Eric Burdon, Marianne Faithfull, el maestro de Bob Dylan: Pete Seeger y, por supuesto, el mismísimo Bob Dylan.

Así como escuchar a T.S. Eliot decir sus poemas, a pesar de que Hugh Thomas lo haga de manera magistral, mientras Viggo Mortensen diga esos mismos poemas con un espíritu distinto, distante, escuchar la poesía de Bob Dylan dicha por Bob Dylan es una irrepetible epifanía.

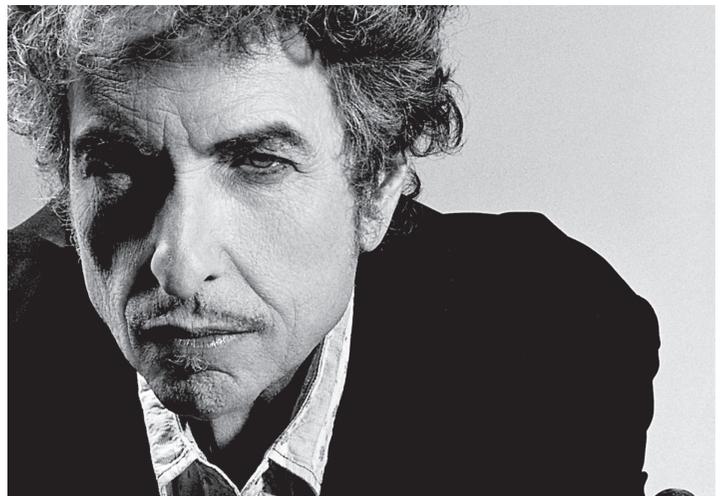
Prosodia tan poderosa y natural que dentro de las muchas vidas que ha vivido Dylan figura aquella en la que en lugar de cantar, canturreaba, qué digo canturreaba: berreaba, balbuceaba, gemía, emitía guturaciones inentendibles.

Como cuando estuvo en México por vez primera, el 1 y 2 de marzo de 1990:



Bob Dylan





Penumbbras, luego luengas luces tenues, una voz en *off*: “Ladies and gentlemen, will you please welcome from North America: Bob Dylan”. Penumbbras, luces tenues. Un hombrecillo cubierto con un sombrero *beige*, coronada la sien izquierda de flor de corazón y armado, el homúnculo, de guitarra acústica y sobre el pecho le cae un cepo en forma de armónica y alrededor de una decena de miles de abanderados mexicanos, que están por los que no estuvieron, vitorrean, saludan, ciñen, hacen genuflexiones al Gran Gurú, al Maestro, al Papá de Todos los Pollitos, a la Vaca Sagrada, al Verdadero Chingón de la Pradera, al Emblema, al Insigne, al Sabio Cincuentón, a Robert Zimmerman, que empuña en la siniestra seis cuerdas tensas y con la derecha las rasga como cualquiera se rascaría los güevos y, ay, corren rocas por su garganta por donde todo ha corrido y diluido y el paso de las generaciones y son las nueve y media de la primera noche de este marzo y ha iniciado La Ceremonia.

El iniciado oficia el rito de confirmación y le canta a la chica que coge como una mujer *but she breaks like a little girly* gutu- ra, gime, impreca, recita, esgrime, gira, alza, violenta frases violeta en un recitativo tenaz, vertical, en una voz obscena e inocente al mismo tiempo, fáunica y virginal, al mismo tiempo acariciada y maldita.

El hombrecillo se encorva, trastabillea, se clava en las texturas. Algo trae metido el maestro entre pecho y espalda, entre sístole y diástole, en sus venas abiertas a la poesía. Y suena, en el momento del clímax, su armónica como suele sonar un tren que atraviesa la quietud de la noche.

Encabalga los versos. De repente, dice, no sabe si los recuerdos son algo que tenemos o que hemos perdido y se solaza en su “Paseo de la desolación” y masculla y masca, en un *tempo* inédito, las preguntas existenciales dylanianas: ¿qué se siente, *güei*, estar contigo mismo, sin dirección a casa, como una pinche piedra que rueda? Y entonces cambia los ritos y los ritmos y desliza la voz en *diminuendo* en improvisaciones desparradas, en un soliloquio de cordero.

Y a propósito de reflejar la realidad, del poder inmenso de la poesía, nada como observar estos versos de Bob Dylan y voltear a ver el desolador entorno mexicano y el empecinamiento sangriento de quienes detentan el poder a cualquier costo:

¿Cuántas veces debe un hombre levantar
[la vista

Antes de poder ver el cielo?

Sí, ¿cuántos oídos debe tener un hombre

Para poder escuchar a la gente que llora?

Sí, ¿cuántas muertes serán necesarias

[para comprender

Que ya ha muerto demasiada gente?

Dylan por Dylan. Muy distinto es escuchar cualquiera de sus canciones contadas y cantadas, con excepción de Joan Baez y los Rolling Stones y unos cuantos más, que por él mismo.

La cantilación, la hondura, el fraseo, las inflexiones. La prosodia.

El poeta Dylan en su propio jugo.

Así entonces queda demostrado en esta magna convención, este simposium supremo de cuatro discos aglutinados en el álbum *Chimes of Freedom*, cuando Bob Dylan

interpreta, recrea esa su canción, tan preñada de poesía:

Allá entre el final del ocaso y el quebrado

[toque de la medianoche

Nos cobijamos en el portal bajo el fragor

[de los truenos

Un grandioso arrebató de centellas

[disparaba sombras al estruendo

Como campanas de libertad que

[destellan

Destellan por los guerreros cuya fuerza

[no es la lucha

Destellan por los refugiados en el inerte

[camino del exilio

Por cada mísero soldado perdido en la

[noche

Y contemplamos las radiantes campanas

[de libertad.

Evidencia. Si ésta no es alta poesía, ¿qué será entonces?

Entramos, sin detenernos demasiado, al tema de la traducción de la poesía. A quien le asiste razón es al maestro José Emilio Pacheco: en poesía no hay traducciones, hay versiones.

De manera que frente a la mejor versión en español de “Blowin’ in the Wind”, realizada por Juan Villoro, las traducciones de Miguel Izquierdo y José Moreno en el poemario (otros le llamarían cancionero) publicado por Océano no desmerecen tanto porque se ponen a disposición del juicio supremo del lector, gracias al acierto de que se trata de una edición bilingüe: en la página izquierda leemos “Blowin’ in the Wind” mientras en la derecha dice: “La respuesta vuela con el viento”.

Como hablamos un idioma diferente al de España, en México bautizamos esa misma obra como “La respuesta está en el viento”, acierto que repitió Juan Villoro en Material de Lectura de la UNAM.

¿Qué no es diferente el español de México al de España? Los traductores españoles dicen esto: “¿Cuántos caminos debe recorrer un hombre / Antes de que lo llaméis hombre?” (sólo faltó el ¡jelines, tío!). Mientras nosotros, es decir Juan Villoro y los universitarios: “¿Cuántos caminos debe recorrer un hombre / Antes de que sea llamado hombre?”.

Dicen los españoles en el libro de maras: “¿Cuántos años puede existir una montaña / antes de disgregarse en el mar?”. Mientras coreamos con Juan Villoro: “¿Cuántos años puede existir una montaña / Antes de ser deslavada por el mar?”.

Así los matices en *Chimes of Freedom*: en la página 244 del poemario con la obra completa de Dylan encontrará el lector motivos de discrepancia así como de coincidencia.

Sobre todo en el encabalgamiento silábico, esa cantilación sonora del verso “An’ we gazed upon the chimes of freedom flashing”, podremos entablar desacuerdo cuando los autores traducen así: “Y contemplamos las radiantes campanas de la libertad”, en lugar de algo así como: “Y nos montamos en contemplación sobre la intermitencia de las campanas libertarias”.

O bien el lector puede discurrir en otras alternativas a partir del infinitivo “flashing”; en lugar de tintineo: tañer, tañido. O bien, en lugar de “y contemplamos”: “nos extasiamos en el tañer...” o, más: “contemplamos por encima de las campanas de libertad, cintilando”, o: que cintilan. O titilan.

Es la libertad de la poesía. Mejor: la libertad de quien escucha poesía. La poesía de Bob Dylan.

Porque escuchar las canciones de Dylan con Dylan implica un ejercicio de libertad. Romper las ataduras que impiden volar a la imaginación, ese motor del mundo.

En lo que no hay discrepancia alguna es en la contundencia himnica de la poesía de Dylan en *Chimes of Freedom*: esas campanas que “doblaban por el rebelde, por el crápula, por el desdichado, el huérfano y el desvalido, por el paria que siempre arde en la hoguera”.

Y leemos, en esa canción, en ese poema, versos tan logrados como éstos:

Entre el demente martilleo místico del
[granizo enfurecido
El cielo maravilló con sus poemas
[desnudos
Que el son de las campanas aventó con
[la brisa
Dejando sólo las campanas del
[relámpago y su trueno
Clamaban por el gentil, clamaban por
[el afable
Clamaban por los guardianes y
[defensores de la mente
Por el pintor sin deudas desplazado de
[su propio tiempo
Y contemplamos las radiantes campanas
[de libertad.

En la fiera tarde gótica la lluvia revelaba
[historias
Para figuras desnudas sin rostro ni lugar
Doblaban por las lenguas con
[pensamientos sin destino
Presas en situaciones asumidas
Doblaban por los sordos, los ciegos y los
[mudos
Doblaban por la madre martirizada y
[sola, la supuesta prostituta
Por el pequeño forajido, acosado y
[burlado en la caza
Y contemplamos las radiantes campanas
[de libertad.

¿Merece el autor de esos versos un premio tan alto como el Nobel?

De entre los ríos de tinta, como diría, o mejor: cantaría Heráclito, que han corrido a partir de Dylan, rescato una frase suya donde esplende en claridad absoluta: “mi intención poética consiste en revelar la vida de manera realista”.

La Academia Sueca ha argumentado de diferentes formas más o menos la misma idea, y otras que le vienen bien a Dylan:

Cuando le otorgaron a T.S. Eliot en 1948 el Nobel de Literatura anotaron esto en el acta del jurado: “Por su destacada contribución pionera a la poesía”.

Cuando a Juan Ramón Jiménez, en 1956: “Por su poesía lírica, que constituye un ejemplo de elevado espíritu y pureza artística”.

Cuando a Salvatore Quasimodo, en 1959: “Por su poesía lírica, que expresa la trágica experiencia de la vida en nuestro tiempo”.

Cuando a Saint-John Perse, en 1960: “Por el vuelo planeado y la imaginación evocativa de su poesía, que de una manera visionaria refleja las condiciones de nuestro tiempo”.

Cuando, en 2011, al actual Premio Nobel de Literatura, el músico y poeta sueco Tomas Tranströmer: “Porque a través de sus imágenes condensadas y translúcidas nos permite el acceso a la realidad”.

La poesía de Robert Zimmerman es plena en energía lírica, refleja la vida de manera realista, es espejo de su tiempo y es etcétera de su etcétera.

¿Por qué no habrían de darle el Premio Nobel?

Por mí, que no se lo den. O que se lo den. Da lo mismo. No lo necesita.

Muchas veces el Premio Nobel de Literatura sirve para que el mundo voltee los ojos hacia poetas hasta entonces desconocidos.

Es cierto, Bob Dylan es un poeta desconocido para muchos, que ven en él a un *rock star*, a un ícono, a una luminaria, a un cantautor y no lo que es: un poeta.

Por lo pronto, es por lo menos divertido imaginar, que no hacerse ilusiones ni fantasear, qué sucedería si la Academia Sueca se convierte en La Loca Academia Sueca y le otorga el Premio Nobel a un señor que el 16 de agosto de 2009 fue arrestado por la policía de Miami (que luego le pidió disculpas, cuando el interrogado respondió: mi nombre es Bob Dylan) porque una señora había llamado a la patrulla luego de ver deambular por las calles a “un anciano andrajoso, sucio y descuidado, con la mirada perdida”.

Uno, entre carcajadas, le completaría el expediente a la atemorizada dama: en efecto, es un vagabundo, qué digo vagabundo, un homúnculo, un *clochard* que deambula solo, porque sabe qué se siente estar solo y solo está, pobrecito, consigo mismo, sin dirección a casa. Como una pinche piedra que rueda.

Ah, y por eso y por muchas cosas más, al igual que al ciego Borges, nunca le dieron el Nobel.

¡Jum! **u**